

El rey de los charcos

JOSÉ ANTONIO ABELLA

VIVO en un barrio pequeño, con sabor a pueblo, a frutal en flor, a chismes de vecinos. Vivo en un barrio donde los vecinos se conocen por su nombre y con ese nombre se saludan por la calle.

Vivo en un barrio donde la calle puede ser vivida, donde los niños -pocos, es cierto- pueden jugar en ella, deshojar en ella la margarita de su infancia, aprender en ella que la realidad y la fantasía no son cosas tan dispares, que ambas existen más allá de sus televisores, que en el polvo de la plazuela, por ejemplo, pueden recorrer todas las carreteras del mundo al volante de una chapa de Coca-Cola.

Vivo en un barrio -en esto no se diferencia del resto del Planeta- con demasiadas chapas de Coca-Cola, con demasiadas litronas rotas, con demasiadas huellas de meriendas campestres desparramadas en torno a unas pocas papeleras.

Vivo en un barrio con muy pocas papeleras y muchísimos turistas: nórdicas de ojos azules, japoneses sonrientes que fotografían el Alcázar, la Fuencisla, la iglesia de los Templarios y el convento donde reposan los restos de San Juan de la Cruz.

Vivo en un barrio donde San Juan de la Cruz no puede reposar, porque le robaron el sueño eterno.

cuando, desde su tranquilo y humilde nicho de poeta, trasladaron el polvo enamorado de sus huesos a ese monumental adefesio a la vanagloria que cada noche le desvela.

Vivo en un barrio sin vanagloria, un barrio de gente sencilla, que sabe lo que tiene y que es capaz de unirse para defenderlo, cuando como, hace ya tres primaveras, sus hombres y mujeres tomaron el asfalto para impedir el paso de tantos camiones y camiones como pasaban (y muchos siguen pasando) por su estrecha carretera.

Vivo en un barrio donde «la carretera siega la puerta de las casas», como escribió Martínez de Pisón con verbo certero y como todavía hoy, veinte años después, puede comprobar el paseante si se detiene a observar las huellas de esa guadaña en el enfoscado de sus paredes y en sus muros de piedra.

Vivo en un barrio donde las piedras crían musgo, donde los apatridas sienten como propia la tierra que hay bajo sus pies, donde las almas errantes acaban echando raíces.

Vivo en un barrio donde las raíces de los árboles y las de los hombres son una misma cosa, donde los hortelanos descubren que la azada es un cordón umbilical que les une con el mundo.

Vivo en un barrio donde el mundo, en las noches de verano, se detie-

ne a escuchar el canto de los ruiseñores, a contemplar el paso del agua y los reflejos de la luna desde el pretil de sus puentes.

Vivo en un barrio con dos puentes... y ninguno tiene acera, acaso porque algún burócrata, en su despacho, tras largas jornadas de reflexión y estudio, haya comprendido que los neumáticos son más importantes que la vida de mis hijos cuando van o vienen de la escuela.

Vivo en un barrio sin escuela -es natural-, y sin otro transporte público que los autobuses de los turistas, porque los urbanos hace ya tiempo que suprimieron la ruta de quienes tenemos la suerte, como todos los segovianos suelen recordarnos, de vivir en este lugar privilegiado.

Vivo en un barrio privilegiado donde no se puede comprar un libro, ni una camiseta, ni un sello de Correos, ni un periódico; donde no hay una panadería, ni una frutería, ni una pescadería, ni una carnicería..., lugares todos ellos demasiado prosaicos, destinados a satisfacer esas necesidades del estómago con las que nunca se alimentaron los espíritus.

Vivo en el barrio, como diría Jaime Alpens, con más espíritu por vara cuadrada que hay en este mundo: un monasterio, dos conventos, cuatro iglesias... (Es una verdadera lástima que, para una necesidad que ver-

daderamente está bien cubierta, algunos vecinos hayamos perdido la sana costumbre de ir a misa los domingos.) Vivo en un barrio que los domingos es el barrio de toda la ciudad: viejos y jóvenes que a él acuden para disfrutar de la sombra de sus álamos, de la hierba de su pradera, del paisaje inigualable que se contempla desde sus lastras.

Vivo en un barrio rodeado de lastras donde, con el tomillo y el espliego, florecen centenares de condones, decenas de jeringuillas, millares de vidrios rotos.

Vivo en un barrio roto por una concepción del progreso que lo ha convertido en sombra de lo que fue, reduciéndolo a la mínima expresión de un espacio habitado, edulcorando con un alud de tópicos las carencias de su vida cotidiana. Una concepción del progreso que no ha conseguido, sin embargo, hacer que quienes allí nacieron puedan olvidar aquella infancia concebida a la medida de lo humano, con sabor a pueblo, a frutal en flor, a chismes de vecina y a día de fiesta.

Vivo en un barrio pequeño que hoy celebra su fiesta grande, en un barrio que no es mío ni de mis convecinos, que no es de nadie porque es de todos, de todo aquel que se acerca a disfrutarlo y a gritar hoy con nosotros: ¡Viva San Marcos, rey de los charcos!